

no supone necesariamente que el reparto de la riqueza vaya a ser más justo o que pueda haber más igualdad. En cambio, puede producir desigualdades entre las clases de edad. En cuanto a la política de la antimortalidad, cree que debe dirigirse, en Medicina, más que a prolongar la vida humana por sí misma, a mantener la juventud el mayor tiempo posible; es inútil que el hombre viva diez años más, si los vive sufriendo y de una manera improductiva, y sería mucho mejor que viviera plenamente hasta su último momento.

Las amenazas contra la Naturaleza le parecen graves. El hombre antiguo vivía en circuito cerrado: sus desechos, sus excrementos, los cadáveres animales y humanos, se reintegraban a la Naturaleza y la fecundaban, volvían a ser útiles. Había una simbiosis. Pero ahora, el poder del hombre es ya suficiente como para permitirle destruir sin dar a la Naturaleza lo que él toma de ella. En este sentido, considera que el desarrollo económico es más responsable que el crecimiento de la población.

Los remedios

En cuanto a las medidas posibles para hacer frente a la situación, Sauvy pretende que lo primero y más necesario es avanzar en el sentido del conocimiento. Se manejan datos para el futuro con muy poca responsabilidad o con la mezcla de afectividades, sentimentalismos, místicas o arrastres del mundo antiguo. Con este conocimiento habría de cambiar las sociedades «verticales» por las horizontales.

Una sociedad vertical —la única que ha conocido hasta ahora la sociedad— está establecida sobre una jerarquía y sobre el sacrificio de la base, y la superpoblación se ha resuelto por sí misma: por la muerte de los excedentarios. Y la extrema desigualdad social impedía la degradación de los capitales naturales, porque las tomas de la Naturaleza eran limitadas. La aparición de la sociedad horizontal ha multiplicado la facultad de consumir y de destruir. Esta sociedad «sabe producir de todo, menos la satisfacción». «Generador del progreso, debido a la presión general que se desprende de él, este descontento también conduce a pérdidas suplementarias. Los gobernantes no satisfacen ciertas deficiencias más que creando otras, y son incapaces de comprender la masa de problemas concretos y sus relaciones recíprocas. Incluso si las reivindicaciones cesaran por encantamiento, no podrían gobernar de forma perfecta, y no podrían redu-

cir la pérdida total más que a un mínimo incomprensible».

Las formulaciones generales de Sauvy son siete: 1) Sin llegar a una previsión negra, el asunto es grave; 2) el problema de la población es menos importante que la oposición entre los países ricos y los países pobres y la explotación de éstos por aquéllos; 3) deben hacerse grandes investigaciones para precisar los políticos y su posible vencimiento para establecer los grados y las prioridades, y después para encontrar los medios de conjurarlos; 4) el crecimiento de las consumiciones por persona, es decir, el desarrollo económico, está por encima de cierto límite, más nocivo que el crecimiento de la población; dicho de otra forma, la responsabilidad incumbe a los países ricos más que a los países pobres; 5) la fórmula *crecimiento cero* está desprovista de todo sentido, y aunque sean necesarios cambios profundos, no se debe hablar de estado estacionario en un período de progreso técnico; es una extraña contradicción; 6) cuanto más necesarios sean los rigores, más se impondrá un régimen socialista, y 7) es imprudente informar al público sobre amenazas que corren el riesgo, un poco más tarde, de no tener objeto, porque estará tentado de no creer en ninguna y adoptar resistencia a cualquier precaución.

Las transformaciones de la vida sólo pueden hacerse por medio de alguna dictadura o adoptadas voluntariamente por la población; «la segunda eventualidad es mucho más preferible». Sauvy encuentra finalmente que es un socialismo de carácter universalista el que puede resolver la situación. «Si el socialismo —matiza en las últimas líneas de su libro— no ha conseguido imponerse en los países capitalistas ni dar abundancia y libertad en los países socialistas, el fallo es evidentemente de los socialistas. Para triunfar definitivamente sobre los hombres y las cosas, sólo les queda por derribar los dogmas heréticos del siglo XIX y los otros. Sin duda, las posibles aventuras del siglo XXI contribuirán a tal destrucción creadora».

La exposición de las ideas de Sauvy no supone necesariamente una adhesión a su doctrina: es un tema abierto a toda discusión, y el mismo autor lo deja abierto, basando todo el tiempo su pensamiento en la obligatoriedad de profundizar más en el verdadero conocimiento y no en aceptar como premisas válidas lo que ahora se cree saber, y que es incompleto. Tampoco este resumen puede sustituir a la lectura total del libro, que es, lógicamente, de un contenido mucho más rico y más matizado. ■ J. A.



La descomunal máquina destructora norteamericana está provocando el cambio de las condiciones biogeográficas y humanas.

ECOLOGIA

INDOCHINA: GUERRA AL ECOSISTEMA

Según el Departamento de Defensa del Gobierno norteamericano, el Ejército estadounidense ha lanzado en los últimos diez años un total de siete millones cuatrocientas mil bombas, aproximadamente, sobre los territorios nacionales de Camboya, Laos y Vietnam, cuya extensión total es de setecientos cuarenta mil kilómetros cuadrados, aproximadamente. O sea, un promedio de diez bombas por kilómetro cuadrado de territorio indochino. La cifra citada de siete millones cuatrocientas mil unidades explosivas es tres veces superior a la cantidad lanzada por los bombarderos estadounidenses durante toda la segunda gran guerra. Por añadidura, las bombas que han hecho explosión sobre la península Indochina son de mayor volumen y poder destructivo que las utilizadas hace veintiocho-treinta años contra los dominios de Hitler e Hiro-Hito.

Y según las más recientes declaraciones del Presidente Nixon, existe el propósito de reanudar los bombardeos ante el menor movimiento de las tropas y fuerzas anti-imperialistas. Por las declaraciones públicas del secretario de Prensa del Presidente norteamericano, Gerald Warren, se sabe que el máximo ejecutivo estadounidense aceptó "con muy poco agrado" la reciente ley del Congreso que obligaba a suspender las operaciones militares directas (bombardeos, fundamentalmente) norteamericanas sobre territorio camboyano. Finalmente, se debe tener bien presente que Nixon amenazó con "severas represalias" a las fuerzas del Frente Nacional Unido camboyano si intentan obtener ventajas de la situación de cese militar norteamericano. Y a nadie le cabe la menor duda de que Sihanuk no cesará en su avance sobre Phnom Penh.

Un tanto al margen de la lucha de intereses, no solamente ideológicos, que se desarrolla sobre la península Indochina, un aspecto merece ser destacado: la destrucción del paisaje (en su consideración más estrictamente científica) ha sido y es de considerable importancia. La descomunal máquina destructora norteamericana está provocando el cambio de las condiciones biogeográficas y humanas (las climáticas se ven afectadas en menor grado) de las zonas afectadas por los bombardeos. Los ecosistemas existentes están experimentando tales roturas de equilibrio, que las transformaciones funcionales alcanzan dimensiones grandiosas. Aparte de un importante aumento de la contaminación ambiental de los tres elementos básicos: tierra, agua, aire, existe el peligro de extinción de las especies desarrolladas en régimen endémico.

Extensas zonas, antes habitadas según modelos de asentamiento humano tradicionales, permanecen hoy desiertas (si se exceptúan las ocasionales y provisionales ocupaciones por las fuerzas combatientes) a causa de los incendios, los cráteres, etcétera, que han inutilizado los campos de cultivo. La prueba más palpable radica en el fuerte éxodo rural que cualquiera de los países de la península Indochina ha experimentado, especialmente en los últimos cuatro años, como consecuencia de la célebre "escalada" norteamericana. Mientras a veinte kilómetros de Saigón se combatía (hace pocas fechas), en esta capital se apiñaban, hacinados, más de cuatro millones de seres humanos, lo que equivale a la cuarta parte de la población nacional sudvietnamita. Basta recordar que hace tan sólo cuatro años, en 1969, la población saigonesa oscilaba alrededor del millón de habitantes, y en 1972 superaba los cuatro millones. El incremento demográfico ha sido, pues, por término medio, de un millón de habitantes por año. ■ PABLO MORATA.